EXPEDIENTE HISTÓRICO

JUANA RAMÍREZ "LA AVANZADORA"

CENTRO Nacional de Historia
República Bolivariana de Venezuela
revolución de la conciencia
ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN
ediciones MINCI

EXPEDIENTE HISTÓRICO

JUANA RAMÍREZ "LA AVANZADORA"

CENTRO Nacional de Historia
República Bolivariana de Venezuela
revolución de la conciencia
ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN
ediciones MINCI

Distribución gratuita
OBSEQUIO
Gobierno **Bolivariano**

Descargue nuestras publicaciones en: ***www.minci.gob.ve***

EXPEDIENTE HISTÓRICO
Juana Ramírez "La Avanzadora"
Patricia Protzel, Mirla Alcibíades, Gladys Higuera, Neruska Rojas

Ediciones MinCI
Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información
Final Bulevar Panteón, Torre MinCI, parroquia Altagracia,
Caracas – Venezuela.

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Desirée Santos Amaral
Ministra del Poder Popular
para la Comunicación y la Información

Rolando Corao
Viceministro de Comunicación e Información

Dalia Eloísa Lagonell
Viceministra para Medios Impresos

Francisco Ávila
Dirección General de Publicaciones

Corrección
Michel Bonnefoy, Clara Guedez

Ilustración de portada
Franklin Alviarez

Diagramación y portada
Aarón Lares

Depósito Legal: **lfi87120159203392**
ISBN: **978-980-227-268-6**

República Bolivariana de Venezuela
Octubre 2015

HEROÍNAS, MATRONAS Y TROPERAS:
Las mujeres en nuestra historia patria

Patricia Protzel

La heroína patriota, modelo discreto de virtud

Cuando nos referimos a las mujeres de la Guerra de Independencia de Venezuela, aparece la inmediata asociación a la noble imagen de Luisa Cáceres de Arismendi. En el espíritu de la nación venezolana, ella es el símbolo de la mujer patriota que estoicamente sobrevivió a los terribles eventos de la guerra. De familia de estirpe independentista, casada con el coronel Juan Bautista Arismendi, permanece en la memoria nacional como la mujer firme en sus principios morales, que sufre maltrato, cárcel y exilio por no traicionar a su esposo y a su patria.

Desde la fundación de la República, como parte del proyecto social de la élite criolla, la historia cumplió una función modélica muy importante. De manera especial, la biografía resaltó las hazañas extraordinarias de héroes de la causa emancipadora, ejemplos para las nuevas generaciones. Hacía falta una heroína de la gesta independentista en el altar de los próceres: Luisa Cáceres de Arismendi fue la elegida para ingresar en el Panteón Nacional.

En el año 2002 ingresaron simbólicamente los restos de Josefa Camejo al mismo recinto. Mariano de Briceño, biógrafo de Luisa Cáceres de Arismendi, además de yerno suyo, la describe como "una mujer bella que armada tan sólo de piedad, sabe resistir con admirable fortaleza tormentos inauditos por su amor a su esposo y a la patria". Su heroísmo es azaroso pero discreto y no perturba el modelo que la élite dirigente de la República propone con su discurso grandilocuente. Su actuación y su condición de joven virtuosa, blanca y hermosa, esposa de un prohombre de la gesta de Independencia, cumplen cabalmente con los roles "femeninos" y los estereotipos vigentes sobre "ser mujer" impuestos por la sociedad patriarcal.

Mujeres que no encajan en este molde decimonónico

Sin embargo, existen numerosos testimonios de mujeres que no encajan en este molde decimonónico y que hoy plantean la urgencia de reescribir la historia considerando su participación y compromiso diferenciado, según sea su condición social, económica, étnica, su cultura y región de procedencia. Ciertamente, la guerra fue devastadora, y aunque las mujeres estaban excluidas de participar en los asuntos públicos, como la política y la guerra, no se mantuvieron al margen del impacto profundo que sacudió la sociedad y que llevó finalmente a la transformación del sistema monárquico en republicano.

Sabemos que hubo mujeres conspiradoras, estrategas, guerreras, financistas, espías; mujeres que escribieron cartas expresando sus posiciones políticas, bien sea del bando realista o patriota; otras que participaron en la Sociedad Patriótica; pardas, mulatas, zambas que participaron como troperas en los campos de batalla, que formaron baterías de mujeres en las ciudades sitiadas o en las batallas, miles de mujeres anónimas que fueron parte de esa fuerza movilizada del pueblo contra la opresión realista, o que actuaron en el bando contrario.

Resignificación de la mujer en la historia

Es sobre todo desde hace dos décadas cuando empieza a abordarse el tema de las mujeres en la Guerra de Independencia considerando su presencia y actuación en la sociedad, hasta hace poco invisibles e irrelevantes para una historiografía orientada por grandes hazañas y eventos político-militares. Hoy corresponde resignificar sus protagonismos, que fueron mucho más allá del rol de esposas y amantes, hermanas o madres de los próceres, pero que probablemente no representaron los ejemplos moralizantes adecuados para la juventud de la República.

Algunas mujeres empiezan a pasar a la historia precisamente por subvertir los espacios, las actividades, las leyes a las que fueron confinadas. Entre las mujeres que no calzan en el modelo por agresivas, combativas o indecorosas en su actuación, o por

lo que les tocó vivir, reconocemos entre otras muchas a Joaquina Sánchez, quien luego de la prisión y asesinato de su esposo José María España, líder en las primeras luchas independentistas, intentó levantar la peonada contra las autoridades españolas, motivo por el cual fue presa y torturada durante 8 años. Sabemos de mártires que por su fervor patriótico fueron torturadas, vejadas, azotadas ante el público, como la zuliana Ana María Campos, las cumanesas Leonor Guerra y doña Mariquita Figuera; la barinesa Teresa Heredia sufrió un castigo muy extendido entre las insurrectas, le cortaron al rape el cabello, la pasearon desnuda por las calles, con su cuerpo enmielado y cubierto de plumas de gallina; Eulalia de Chamberlain, como otras barcelonesas durante el sitio de Barcelona en 1817, dio su vida por defender su honor y su patria. La historia hizo apología de las mártires e invisibilizó tras las reglas del pudor la violencia contra el cuerpo de las mujeres en la guerra.

La historia, cuando se refirió a las matronas financistas de la causa independentista, destacó las cualidades consideradas femeninas como el desprendimiento, la generosidad, la fidelidad a la causa patriota; pero además estas mujeres demostraron arrojo, poder de mando, capacidad para administrar recursos, entereza. Concepción Mariño, la hermana de Santiago Mariño, es una figura emblemática: financió armas, buques, incluso introdujo junto con sus esclavos armas de contrabando desde Trinidad hasta Tierra Firme, lo que le ocasionó un juicio; se la menciona como "magnánima señora" en el acta firmada en su hacienda de Paria, donde se declara el inicio a la campaña libertadora de oriente.

Sabemos de Josefa Camejo, quien trascendió el rol femenino establecido por su espíritu de líder y su combativa actuación durante la guerra: en sus años juveniles participó en reuniones de la Sociedad Patriótica; conjuntamente con damas del patriciado barinés firmó un documento político ofreciendo sus servicios a la patria y exhortando a que se tomara en cuenta a las mujeres; durante su recorrido hasta Nueva Granada, participó en va-

rios combates en calidad de enfermera; luego, cuando retornó a Coro, llegó a dirigir como capitana una escolta y liderizó la resistencia coriana; fue esposa de un prócer, el coronel Nepomuceno Méndez, y madre; incluso se casó en segundas nupcias en 1840. Sabemos de Dominga Ortiz, la esposa de José Antonio Páez, llamada la primera enfermera del ejército patriota; fiel acompañante de su marido, como muchas mujeres, parió y crió a sus hijos en medio de la guerra; cuando Páez, ya como Primer Mandatario de la República, vive en concubinato con Barbarita Nieves, desde la sombra Dominga Ortiz defendió su patrimonio como hacendada y enfrentó su existencia con dignidad y entereza.

Aunque la historia independentista se refiere exclusivamente a las heroínas que lucharon por la causa patriótica, hubo mujeres como María Antonia Bolívar y Palacios, hermana mayor del Libertador, que tomaron partido en defensa del orden monárquico, manifestaron resueltamente defenderlo, sufrieron exilio forzoso y otras penalidades, como tantas otras mujeres realistas y patriotas. María Antonia Bolívar escondió a españoles y canarios en tiempos de la Guerra a Muerte (1813-1820), incluso le escribió al rey de España para ratificar su posición política contraria a la de su hermano. De regreso a la patria, luego del exilio, se encargó de administrar las posesiones que le quedaron a la familia Bolívar.

La huella por recobrar de las mujeres del pueblo

Más difícil ha resultado captar la huella de la actuación de las mujeres del pueblo excluidas de la historia. Aparecen pocos nombres para representar en la memoria nacional la presencia de parte de la masa anónima movilizada en la guerra, integrada por pardas, negras, indias que dieron su vida o participaron en las luchas independentistas.

Conocemos a Cira Tremaria, madre de un negro patriota, quien al recibir la noticia de la muerte de su hijo, le dijo a Piar: “Denme el fusil de mi hijo para ocupar su sitio en las filas liber-

tadoras y seguir peleando". Sabemos de Juana Ramírez, una esclava liberta, lavandera, que en 1813, cuando Monteverde atacó la ciudad de Maturín, junto con otras mujeres del pueblo conformó un batallón tonel llamado "batería de mujeres". Por ir de primera en las filas contra el enemigo en el campo de batalla, se le llamó "La Avanzadora".

Muchas mujeres se unieron a la tropa acompañando a sus hombres para no quedarse desamparadas en sus hogares o para ir tras el sueño de un futuro mejor, como las esclavas que se iban para lograr su libertad. En su recorrido, las mujeres alimentaban, vestían y auxiliaban a las tropas, como enfermeras y curanderas, en marchas y campamentos; iban con sus niños enfrentando las penalidades de la guerra, las enfermedades, la escasez de alimentos, llevando los víveres al hombro y en sus espaldas, cocinando, infundiendo el ánimo y el valor para avanzar.

La vuelta al hogar, fundamento de la paz y la civilidad

¿Qué sucedió con las mujeres una vez finalizada la guerra? Las consecuencias de la guerra para las mujeres es un tema pendiente por abordar. Cuando fue necesario volver para levantar los muros de la naciente república, las mujeres regresaron al hogar, a cumplir sus funciones de madres prolíficas, y esposas, quizás con el ánimo fortalecido por su papel desempeñado, pero sin ningún derecho político: Luisa Cáceres de Arismendi se dedicó al cuidado de sus 14 hijos; Josefa Camejo vivió en Coro alejada de los asuntos públicos; Concepción Mariño se mantuvo recluida en sus posesiones orientales hasta que murió; Juana Ramírez tuvo 5 hijas y se dedicó a la agricultura.

El tiempo corto de la guerra alteró un orden de siglos, pero no llegó a destruirlo, sobre todo en las pequeñas formas cotidianas de la sociedad, en las costumbres incardinadas por tres siglos de vida colonial, con sus mandatos y preceptos patriarcales consagrados en la moral cristiana y en las disposiciones jurídicas que confinaban a la mujer a su rol de madre y esposa, modelo de virtud. También tuvo peso la idea de que la construcción del hogar

era el pilar fundamental para la consolidación del Estado y, por lo tanto, la familia era la garantía de la paz y de la civilidad. Eso explica las razones y condiciones creadas para que las mujeres no protestaran ni se resistieran a este mandato de vuelta al hogar.

La guerra fue la parte conflictiva de la política, que era y siguió siendo un asunto de los hombres. La guerra extremó las tareas de supervivencia y, como socialmente a las mujeres se les atribuyó el cuidado del vivir cotidiano, ellas se enfrentaron arduamente a esa tarea. Dieron un sentido de lucha y de contestación cuyo aporte y actuación en la construcción de la nación apenas empieza a reconocerse.

Fuente: *Memorias de Venezuela*, "Heroínas, matronas y troperas: Las mujeres en nuestra historia patria". Ministerio del Poder Popular para la Cultura – Centro Nacional de Historia: Caracas, septiembre – octubre 2008, Nº 5, pp. 26-31

Bibliografía

1. Mariano de Briceño, *Historia de la Isla de Margarita*. Caracas, Ministerio de Educación, 1970.
2. Inés Quintero (Coord.), *Las mujeres de Venezuela. Historia Mínima*. Caracas, Fundación de los Trabajadores Petroleros y Petroquímicos de Venezuela, 2003.
3. Ermila Troconis de Veracoechea, *Indias, esclavas, mantuanas y primeras damas.* Caracas, Alfadil/Trópicos, Academia Nacional de la Historia, 1990.
4. García Maldonado, Ana L., *La mujer en la historia de Venezuela*. Caracas, Editorial Arte, 1996.
5. *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas, Fundación Polar, 1997

MUJERES E INDEPENDENCIA. VENEZUELA: 1810-1821. “BALANCE”

Mirla Alcibíades

No satisfacen las resoluciones que se limitaban a insistir en la idea de "mártir", al tratar de la presencia femenina durante los años de definición y concreción revolucionarias. La mujer vista en su dimensión de víctima no daba cabal proyección de todo lo que hicieron y aportaron en ese período. Una concepción como esa es la que privilegia, por ejemplo, Landaeta Rosales en su conocida *Gran Recopilación geográfica, estadística e histórica de Venezuela*. Voy a sintetizar el registro ofrecido por este autor y se verá que, en todos los casos, se enfatiza la imagen de la mujer muerta o mutilada por efecto de la guerra (o sea, la mártir). De las veintiséis protagonistas que menciona, solo a tres destaca por su propuesta constructiva. En todos los casos, hay que indicar, la presentación es bastante lacónica.

A efecto de demostrar lo que sostengo, transcribo lo fundamental de la apretada síntesis de este autor: doña Joaquina Sánchez (presa ocho años); Josefa Ramírez (fusilada junto con el esposo); Bárbara Pérez de Sotillo "(de Santa Ana de Barcelona), madre de los Sotillos, recibió dos heridas por los españoles, en los asesinatos de aquel pueblo en 1814"; Úrsula Landaeta "(del mismo Santa Ana), perdió un brazo y recibió una herida en la cabeza en el mismo pueblo en 1814"; Úrsula Barrios "(del mismo Santa Ana), perdió un brazo en los asesinatos de aquel pueblo en 1814"; Luisa Perdomo "(del mismo Santa Ana), recibió una herida en los asesinatos de aquel pueblo en 1814"; Leonor Guerra (azotada, "muriendo con valor en 1814"); Luisa Arrambide ("cumanesa, azotada por los españoles, muriendo con valor en 1814"); Teresa Salcedo de Márquez "cumanesa, macheteada por patriota en 1814"; Micaela Brito de Machado, Ana Josefa Peñaloza de Núñez, Clara Pereira de Betancourt, Micaela Mejías

de Sucre, Teresa Prada y Cesárea Sánchez "cumanesas presas por patriotas y confinadas a Apure después de mil vejámenes en 1814"; Manuela Tinoco de Balbuena, "que desde San Carlos acompañó al Ejército Libertador de Venezuela hasta la Nueva Granada en 1814"; Luisa Cáceres de Arismendi (presa, dio a luz en la cárcel, enviada a La Guaira, al Convento de Concepciones y a Cádiz); Bárbara Arriojas, "esposa del Coronel José Godoy, recibió un sablazo en la Casa Fuerte de Barcelona el 7 de abril de 1817"; Carmen Requena, Eulalia Ramos, Francisca Rojas, Juana Chirinos, "muertas en la Casa Fuerte de Barcelona en 1817"; Cecilia Mujica (ejecutada); Bárbara de la Torre "(trujillana), hija del Coronel patriota Vicente de la Torre, con quien militó en 1818 y 19, hasta que fusilaron a aquél y cayó ella prisionera"; Josefa Camejo, "coriana, fue a Nueva Granada con los patriotas en 1814, después alma del movimiento republicano de Coro, el 3 de marzo de 1821"; Ana María Campos, "azotada en las calles de Maracaibo por patriota".

Como se comprobó, únicamente Manuela Tinoco de Balbuena, Bárbara de la Torre y Josefa Camejo parecen haber brindado algún género de ayuda. Las demás son las víctimas, las martirizadas. Se ha construido, así, una imagen de mujer inmolada, con lo que se ha anulado su determinación, aguerrido empeño y definida concepción política. Otra perspectiva que contribuye a distorsionar ese aporte de mujer es la que limita su presencia a la categoría de "heroína"; por regla general, este es el enfoque más favorecido. A contracorriente de esa lectura, se ha visto que, en la extensión de este libro, he esquivado el uso de ese término. Habrá de causar sorpresa en más de un lector, acostumbrado a dar validez a tal noción.

Lo señalado anteriormente me lleva a plantear una pregunta lógica que, al parecer, no suelen hacerse quienes acogen la voz en cuestión: ¿qué es una heroína? y, más allá, ¿es legítima como categoría analítica hablar de "heroína" para abordar el protagonismo femenino de esos años? Son varias las razones que puedo esgrimir (entre muchas otras) para poner en cuestionamiento el uso de tan manido término.

En primer lugar, porque el compromiso femenino se estudia tomando como base, como patrón para juzgar a la mujer, el desempeño masculino. Quiero decir con esto que la estructura de pensamiento en la que busca apoyo esa opción terminológica es, más o menos, la siguiente: si hubo héroes, luego entonces, habrá heroínas. De ahí viene la siguiente derivación, la mujer justifica su presencia en tanto esposa (en primer lugar), madre, hija o hermana de un hombre destacado (de los que llaman "héroes"). Es esta una manera de ingresarla al panteón del culto. Un ejemplo que sirve para testimoniar esto que digo viene representado por Luisa Cáceres de Arismendi. En relación con esta patriota, se ha construido una materia discursiva con visos de historia que, a ratos, colinda con lo novelesco[1].

Siendo los llamados héroes, hombres pertenecientes a los sectores privilegiados: blancos, con bienes de fortuna, católicos, letrados, heterosexuales..., serán heroínas las cercanas a ese modelo: blancas, con bienes de fortuna, católicas, letradas, heterosexuales, etc. Si es esposa de alguno de ellos, mejor. Cuando la mujer es negra, india, parda, zamba o mulata, también tomará existencia en la medida de su cercanía con el varón. Por eso las únicas negras que han entrado al panteón han sido amas y nodrizas de blanco: Matea e Hipólita o, en su defecto, las que emulan hechos de guerra, Juana Ramírez (La Avanzadora), destaca en este grupo.

En segundo lugar, y como consecuencia del punto anterior, la designación de "heroínas" reduce el fenómeno a un contado número de protagonistas. Opera, en consecuencia, un mecanismo de ocultamiento a partir del cual se silencia el desempeño de las otras que, sin tener ese hálito de prestigio que se endilga a unas pocas, tuvieron participación decidida en esos años. En ese sentido,

[1] En reflexión reciente, Violeta Rojo ha analizado de qué manera esta mujer ha sido vista, solo para construir una imagen que la aleja de actitudes proactivas, ha sido utilizada para construir una representación de lo femenino de acuerdo con una tradición historiográfica que niega a la mujer toda posibilidad de realizar obra constructiva. No puedo estar más de acuerdo con la lectura que avanza la colega que menciono.

el rango de heroicidad se alcanza si la mujer pertenece a familia patricia. Es el afán que mueve a algunos autores a asegurar: "No deben existir dudas sobre la noble estirpe de donde procedía Ana María Campos" (I. D. Parra, p. 11). Se busca, así, progenie, nobleza, (de la que, obviamente, carece la mayoría).

En tercer lugar, el término coloca el énfasis en ciertas mujeres a quienes, implícitamente, se les ha hecho receptoras de connotaciones marianas: penalidades, desgarramiento físico y espiritual, pérdida del hijo. Creo que, nuevamente, surge como emblema de esta lectura el nombre de Luisa Cáceres de Arismendi y, en grado menor, Leonor Guerra y Ana María Campos. ¿Son "heroínas" porque sufrieron o por lo elevado de sus ideales libertarios? Muchas mujeres durante la Independencia estuvieron en prisión o fueron apaleadas, ahorcadas o flageladas y nadie las ha llamado heroínas, más aún, nadie las ha tomado en cuenta.

Quiero aclarar que tampoco se trata de negar a esas pocas venezolanas que forman el catálogo de las no olvidadas, lugar de mérito. El mismo hecho de que estuvieron ahí y se dieron a conocer muestra que tuvieron una conducta que llamó la atención de quienes se sintieron llamados a recordarlas. Pero también soy de la opinión de que no fueron las únicas y, además, que si vivieron momentos de dolor, también los tuvieron de decisión, de aptitud para la defensa de sus ideas, de ganas de luchar y de contribuir a la consolidación de un nuevo orden de cosas.

Hay que trabajar para dignificarlas por su labor y empeño de constructoras, de hacedoras de república. El asunto es que ellas no eran sombra de sus congéneres. La cuestión estriba en que las venezolanas tenían ideas, las defendían con todos los recursos que tenían a la mano, fijaban posición, tomaban partido, se expresaban, trataban de persuadir a los indiferentes o a las del bando contrario y, cuando las circunstancias lo requerían, ponían las manos en las armas. Tomo partido al indicar que la opción crítica que cabe asignar a las venezolanas de esos años es de carácter político. En ese contexto fueron dos las posibilidades: patriotas o realistas (o, si se prefiere, republicanas y monárquicas u oposición equivalente).

Pero entra otra consideración que amerita detenimiento. Muchas mujeres, aunque no lo quisieran, eran arrastradas por las circunstancias a lo más oscuro que degeneró el proceso bélico. Es probable que muchas de ellas hayan querido permanecer al margen del conflicto. El problema estuvo en que durante esos años la voluntad no decidía; el asunto estuvo en que la guerra las alcanzaba. En esas circunstancias hubo una participación involuntaria. No se entraba al conflicto, se estaba en el conflicto. Interesan, pues, las venezolanas que se formaron para vivir en independencia. Pero hubo otras que sin proponérselo, tal vez sin querer tomar partido, fueron arrastradas por la fuerza de los hechos; ellas fueron las protagonistas involuntarias y también merecen atención.

Por otra parte, algunos testigos-protagonistas del momento, al hacer el balance de lo que significó el aporte femenino durante la guerra y en los inicios del período republicano, no vacilaron en reconocerles valor destacado. Francisco Javier Yanes, por ejemplo, asegura que:

> Las mujeres son tan patriotas y belicosas como los hombres, y además tienen otras virtudes superiores a éstos, virtudes que si estuvieran barnizadas con lo que por moda se llama civilización, presentarían un modelo de civismo que dejaría muy atrás lo que con razón o sin ella se cuenta de las amazonas, de las griegas y romanas. Ya se ha visto lo que han hecho en el incendio de la guerra, y es indispensable advertir al lector que en el tiempo de la paz se ocupan en la labranza y cría del ganado cabrío, en conducir por vía de especulación el pescado, la carne, las aves y los víveres de unos pueblos a otros, en coser, lavar y aplanchar, hilar y tejer en husos y telares, siendo muy dignas de aprecio las hamacas que hacen del algodón y colores que produce sin mayor cultivo la isla, y las medias de tres pelos que tejen de un musgo que se da en el valle de San Juan, cuyas manufacturas son muy apreciadas en la Costa Firme lo mismo que en las colonias extranjeras, y son tanto más dignas de admiración cuanto que se fabrican con instrumentos o máquinas muy imperfectas y groseras que les hace multiplicar infinitamente el tiempo y el trabajo personal (Yanes, 1948: 191, la cursiva en el original).

La apreciación de Yanes es valiosísima y de utilidad para medir los limitados aportes que ofrecí en las páginas precedentes. Estoy persuadida de que mi exploración es apenas el comienzo de una pes-

quisa mucho más demandante. Hay mucho que abundar al respecto y amplios escenarios que deben ser revisados y analizados todavía. Por ejemplo, me he limitado a tratar de desempeños directamente vinculados con la guerra ideológica y su secuela militar pero (y lo asomé en el primer capítulo), cabe indagar en otros campos más inmediatos a la obligada cotidianidad de siempre: las hilanderas, tejedoras, labradoras, pequeñas comerciantes, etc. Los bienes generados por las indígenas del sur que observa Vowell, en 1817, al decir que ellas: "se ocupan en fabricar gruesas telas de algodón, hamacas de fibras, jabón, bujías, etc." (s.d.: 28). Las refugiadas de Araguayana pegadas a los husos que les eran tan familiares para fabricar cobijas, demandan atención.

Todas esas destrezas laborales ameritan exploración y, en los años que me ocupaban, obligan a establecer conexiones entre tales habilidades productivas y, por ejemplo, el frente de combate. ¿O acaso vamos a creer que las cobijas usadas por los llaneros, por citar un caso, eran importadas? En artículo reciente de José Luis Bifano se trae la memoria de Juan Manuel de Cajigal (*Memorias del mariscal de campo don Juan Manuel de Cajigal sobre la Revolución de Venezuela*) en el momento que se refiere a la preparación del tasajo para proveer a las tropas realistas.

Para ese trabajo contaban con "infinidad de mujeres que se pidieron a los pueblos inmediatos, para moler la sal" (J. L. Bifano: 223). Nueva competencia laboral de la que se tiene noticia. Son todos campos de desempeño que deben ser explorados. Un aspecto que me habría gustado indagar con mayor atención es el relacionado con la mujer en funciones de soldado. No perdamos de vista que todo iba en su contra, porque a lo que aspiraba era el ingreso a un universo estrictamente masculino. Sin embargo, tuvieron que ser muy tenaces en sus argumentos y en su decidida voluntad de participación para que les permitieran combatir. Es seguro que nadie las invitó[2]. Tuvieron que ir en contra de siglos de obstinada resistencia.

[2] Si rechazaban a las troperas, ¿podemos imaginarlos en solicitud de mujeres soldados?

Cuando lograron ser aceptadas como combatientes no se las premió. Oyeron palabras de reconocimiento por parte de la oficialidad, es cierto (algunas de ellas las he ofrecido en capítulo anterior) pero se las tenía por presencia transitoria. De manera que no cabe la apreciación que he oído según la cual "murieron muy pocas", de modo que el mérito fue reducido. El asunto hay que verlo de otra manera: si hubiera habido batallones de mujeres, vale decir, si hubieran formado parte de la tropa regular, muchas habrían llegado a ser oficiales de alto rango.

En abordaje de otro aspecto derivado de la guerra, se insiste mucho en la destrucción de los hogares debido al alto índice de mortandad, producto del conflicto. Se machaca en la figura de las viudas que anduvieron deambulando de despacho en despacho en solicitud de una ayuda económica que, la mayoría de las veces, no llegó. Todo eso es verdad. Pero hay una cara del fenómeno que también vale la pena destacar. Para ello tomo como punto de partida una valoración del oficial británico que escribió *Relato de un oficial inglés sobre la guerra a muerte*. La perspectiva del miliciano me parece más que atinada: "Una revolución es una conmoción social que no solamente remueve la superficie de una sociedad, sino que cala muy hondo en busca de valores nuevos que poner de manifiesto" (Anónimo, 1977: 138).

Esas palabras son una invitación para indagar sobre los cambios (más allá del hecho político-militar) que se consolidaron durante esos años. En el capítulo anterior indiqué uno de ellos: la mujer aprendió a exteriorizar sus opiniones de viva voz y a plantear sus reclamos. Pero, añado, maduró como sujeto político en el derecho que se arrogó de fijar posición y defenderla. Esa conducta fue manifiesta en los primeros años republicanos (1830-1850)[3].

También sostengo la validez de dos argumentos (que no son los únicos, se trata de escenarios a los que doy importancia porque tienen proyección inmediata en los tiempos venideros) que

[3] En mi libro de 2014 (en especial el Capítulo V), me he ocupado (entre otros aspectos) de estudiar los mecanismos que adelantó el patriciado desde la década de los 60 para anular esa conquista política de sus congéneres.

demandan atención. Para plantear el primero, me apoyo en otro legionario británico que vino a estas tierras, Gustav Hippisley. Este militar da un baile en Angostura. Allí tiene oportunidad de conversar con una tía de Bolívar, una dama de muy buena educación que había viajado por Inglaterra, Francia y España y había visitado varias islas de las Antillas. Así tuvo la ocasión de enterarse de que, desde la revolución y la toma de Angostura, las bodas ya no estaban santificadas por la religión, y las parejas que se agradaban se unían sin ninguna ceremonia matrimonial (p. 127).

Parece ser que la meditación sobre la unión de parejas fue así, si tomamos en cuenta que Bolívar estuvo acompañado en esa ciudad por Josefina Machado. En otros lugares sucedió de igual modo, al juzgar por el próximo enlace que haría José Antonio Páez con Barbarita Nieves, hecho que se concertaría en la ciudad de Valencia en 1821. La justificación de esas parejas fue uno y simple: el amor.

Estamos hablando de sujetos que pertenecían a la élite político-militar de entonces. En los años que precedieron a la guerra era improbable que una unión heterosexual fuera reconocida como tal si no estaba consagrada por el matrimonio eclesiástico. De manera que otro de los efectos de la guerra fue que, por obra de esas difíciles circunstancias, dio lugar al amor. Legitimó el sentimiento por encima de los intereses crematísticos que solían estimular a los padres para pactar el matrimonio de las hijas. Por eso, la reflexión referida a la importancia de consolidar parejas sobre la base de ese sentimiento no tardó en llegar.

En efecto, Correo del Orinoco incluía en varios avances un meditado razonamiento al que tituló "*Bello sexo*". Se divulgó en tres entregas (números 92, 93 y 94) del periódico. No proporcionan identidad del autor, pero el texto deja ver que fue tomado de alguna publicación extranjera que no identifican. En todo caso, me interesa destacar en este momento una de las afirmaciones que hacían en ese escrito. Imagino la satisfacción de las lectoras cuando se encontraron con estas líneas:

> Así vemos que unos padres inhumanos obligan muchas veces a su hija a contraer el matrimonio más contrario a su inclinación; y conducida como una víctima al altar, es obligada a jurar en él un amor inviolable a un hombre por quien no siente nada, a quien ni ha visto jamás, o que

> quizá aborrece. Es entregada al poder de un amo, que contento con poseer por un instante su persona y gozar de su dote, la contradice en todo, no la atiende en nada y se hace odioso por sus malos modales y su poca consideración; induciéndola al mal muchas veces con su ejemplo y su dureza, como único medio que le queda de vengarse de un déspota, que es árbitro de su suerte (Nº 92, 20.I.1821: 4).

De tal manera, la literatura de la etapa republicana, sobre todo una novela que se tituló Amelia (de autor anónimo, aparecida en 1845), medita sobre la obsolescencia de los matrimonios por conveniencia y da preeminencia a los enlaces por amor.

En asalto a un nuevo enfoque, dejo atrás al que llaman Cupido y adelanto otro elemento que quiero destacar, y que nace durante los años de guerra. Tiene que ver con la nueva relación con el espacio continental que se consolida esos años. A partir de los sucesivos exilios que tuvieron que emprender, fundamentalmente las mujeres, hubo un conocimiento cercano del entorno geográfico. Recordemos que no fue solamente la huida a las Antillas, sino a Colombia y otros puntos de la geografía latinoamericana. Siendo así, esos años fueron el inicio de una conciencia extendida (que ya no se limitaba a la auspiciada por unos pocos intelectuales) sobre la unidad de cultura. Es este un aspecto que, desde luego, no tiene cabida en estas páginas, pero lo señalo porque las venezolanas tuvieron mucho que ver en la consolidación del mismo.

Fenómeno similar, pero en menor escala, se produjo en relación con el espacio nacional, como dejé apuntado en otro momento. Para finalizar, los escenarios que hemos recorrido, donde las vimos ejercer dominio y autoridad, hablan de una mujer que se arriesgó, que creyó en las trasformaciones, que hizo suyo el discurso de la revolución republicana. Eran patriotas nomás.

Fuente: Alcibíades, Mirla, *Mujeres e Independencia. Venezuela: 1810-1821.* Caracas, Archivo General de la Nación – Centro Nacional de Historia – Casa Nacional de las Letras Andrés Bello (Colección Bicentenario), 2013.

EL ROL DE LA MUJER EN LA INDEPENDENCIA

Gladys Higuera

Es necesario hacer unas consideraciones del rol de la mujer en la historia, porque cuando se analiza, lo primero que puede evidenciarse es la ausencia femenina. Pareciera que el género no figuró en los hechos pasados, o sus acciones no fueron dignas de ser recogidas para la posteridad. De allí que quienes escribieron los hechos históricos no se preocuparon en incorporar a la mujer, o sus hechos no eran relevantes de registrarse historiográficamente. Tal vez porque el interés de los historiadores había girado alrededor de los eventos políticos y militares, las mujeres fueron excluidas de las efemérides que cada año se celebran, y el aporte femenino en la gesta libertaria no se estudiaba, solo en aquellos casos en que la mujer era considerada heroína. No se pretende resarcir el papel de la mujer en la historia venezolana, sino más bien señalar que su omisión obedece a que los hechos históricos eran referidos a la dinámica del poder, como las acciones de guerra, sus próceres, las revoluciones y las batallas y todas eran comandadas por hombres.

La historia en su objeto de estudio se centraba en la vida pública, y mal podía hacer referencia a la mujer que solo estaba destinada a la vida doméstica. A esto se sumaba que de las mujeres se conocía muy poco y las referencias eran elaboradas por las propias mujeres. Actualmente, ha cambiado muy poco este concepto, pues son las historiadoras quienes se han ocupado de recuperar las huellas femeninas dentro de la historia, para mencionar solo tres de ellas: Inés Quintero, Eda Zamudio y Ermila Troconis de Veracoechea.

Fue solo a finales del siglo XVIII que algunos pensadores de la Ilustración hicieron señalamientos que pretendían valorar de manera diferente el espacio a que había sido reducida la mujer, y reclamaron un lugar para ella dentro de la sociedad. A partir

de allí, se hizo un esfuerzo por armar la memoria, que hasta ese momento parecía inexistente dentro de la historia.

A mediados del siglo XX se da inicio al estudio y análisis de los testimonios y documentos del pasado, para reconocer la actuación femenina que transcurre fuera de la vida doméstica, y su incursión en la vida política de su tiempo, destacando sus valores, sus sacrificios y fortaleza, para defender la causa patriótica, independientemente de su posición social, económica o procedencia geográfica.

La mujer en la lucha de la independencia

Encontramos en todas las regiones de Venezuela y América heroínas y mujeres anónimas, que no solo sacrificaron sus vidas, familia y bienes, sino también su tranquilidad.

La mujer venezolana ejerció su rol desde los primeros movimientos que iniciaron Los Comuneros en el Socorro, participa en la Sociedad Patriótica, lucha directa e indirectamente en la guerra, apoyando a sus padres, esposos, hijos y hermanos en la lucha por la Independencia.

Las motivaciones del género que participó en la revolución, obedecían en algunos casos a influencias familiares, al oír en sus hogares hablar de los ideales de libertad, o también con una inspiración propia, para trabajar por el ejército republicano, despertando así su patriotismo.

Sin embargo, ya los sentimientos de nacionalismo criollo no eran desconocidos por las damas de la época, y la mujer venía desarrollando una conciencia de país y de pertenencia a América, que la hacía diferente en la forma de ser y pensar de los españoles. De manera que cuando sus hogares, familia y nación se veían amenazadas, se agrupaba para defender lo que le era más significativo, su patria.

Posiblemente, la mujer luchaba desinteresadamente, sin aspirar a gozar de los cambios económicos, políticos y legales como resultado de la revolución, ya que tenía claro que pertenecía a una sociedad conservadora, donde su lugar estaba muy bien de-

finido. Puede ser que llegara a pensar en el beneficio que le produciría el poder que tendrían los hombres criollos, si ganaran el conflicto.

Hoy en la historia contemporánea han surgido diversos grupos de investigación que demuestran, a través de distintas fuentes, que la mujer estuvo presente durante la guerra, y la encontramos en los Andes, en occidente, en el centro, en los Llanos o en el oriente del país, luchando con un gran sentimiento de amor por su patria.

Su actividad fue diversa, bien podía empuñar un arma, conspirar, difundir propaganda política, era enfermera, o hacía de su hogar un centro de reuniones clandestinas, donde se discutían los proyectos políticos de la revolución, motivadas por el deseo de proteger sus familias o ver libre su patria del yugo español.

Por toda Venezuela las mujeres salieron a defender la causa cuando sus ciudades fueron atacadas. La Guerra a Muerte iniciada por Bolívar contra los sangrientos hechos de los realistas en 1813, convirtió a Venezuela en un campo de batalla, donde realistas y patriotas se enfrentaron en luchas feroces por todo el país, y ella estaba ahí, jugándose la vida. En ese difícil año, las mujeres de Ospino lucharon contra las tropas realistas, donde mueren doce de ellas en la batalla.

En la isla de Margarita, las mujeres fueron especialmente famosas por su valentía y su habilidad en la batalla. Un viajero informó que cuando el general Pablo Morillo intentó invadir por primera vez la isla, las mujeres fueron tan intrépidas que las fuerzas de Morillo se retiraron.

Simón Bolívar, que conocía la actuación de la mujer en la lucha, no dudó en reconocer las contribuciones, las obras y los logros de las combatientes femeninas. En una proclama al ejército libertador, ensalzó no solo a los soldados que habían logrado expulsar a los realistas de la provincia de Trujillo, sino que alabó también a las mujeres que habían luchado tan valientemente.

De Bolívar también se puede decir que se adelantó en relación a la concepción sobre el rol que debía jugar la mujer en la nueva

sociedad, y se destacó por tener una actitud por encima de los prejuicios de la época. Además de enaltecer su feminidad sin complejos, resalta su valor y felicita su arrojo en la batalla. Mientras que otros como Santander y Pablo Morillo, prohibían la participación de la mujer en la guerra, bajo pena de ser azotada.

Sin embargo, no todas las que querían luchar por la libertad y la independencia lo pudieron hacer. Las de la provincia de Barinas abrazaron la causa de la libertad desde sus inicios. En una petición al Gobernador, el 18 de octubre de 1811, un grupo de 21 damas de la clase alta, ofrecieron sus servicios como soldados a la República. En una carta que escribieron, descontaron la debilidad femenina como un factor de consideración y exhibieron su fervor a la causa.

Ellas insistieron en que no le temían a los horrores de la guerra, pues la tensión de estar en medio del fuego les despertaba el deseo de libertad. Nicolás Pumar, Secretario de Gobierno Provincial de Barinas, contestó a la petición de las señoras y les agradeció su generoso ofrecimiento de apoyo, pero no las utilizó en defensa de la ciudad.

Mientras la Guerra de Independencia continuó en Venezuela y entró a la Nueva Granada, más mujeres abrazaron la causa y se presentaron voluntariamente a pelear. Teresa Cornejo y Manuela Tinoco, procedentes de San Carlos, pelearon en Gámeza, Pantano de Vargas y Boyacá.

Las valientes mujeres del Socorro también estuvieron presentes en la lucha de independencia. Recibieron alabanzas de Bolívar. Cuando visitó el lugar en 1820, uno de sus primeros actos fue rendirles tributo a las mujeres de la ciudad, que habían luchado tan vigorosamente para liberarla. Ellas le agradecieron sus palabras y juraron continuar apoyando la causa.

Algunas mujeres estuvieron involucradas directamente en la lucha, otras prestaron apoyo en los pueblos y las ciudades, ayudando cuando las batallas estaban en su furor. María Teresa Doncel, oriunda de San Carlos, fue abatida con otras compañeras el 15 de marzo de 1816, cuando fueron a llevarles agua a

los combatientes patriotas. Leonor Fontaura, Rita Delmonte y María Josefa Chipia, murieron en la batalla de Cumaná, el 2 de agosto de 1813, al tratar de auxiliar a los soldados heridos.

Las mujeres también jugaron un importante papel como enfermeras en las guerras. Prestaron sus servicios en los hospitales militares, donde su asistencia a los heridos y a los enfermos fue invalorable. Cocinaban para los soldados, ayudaban a enterrar los muertos y les rezaban sus oraciones de difuntos.

Aunque algunas mujeres de clase social alta prestaron sus servicios a las tropas mientras mantenían su residencia, otras dejaron su hogar para seguir a los soldados, generalmente las mujeres del pueblo, clase media y mestizas, quienes, como esposas, amantes, amigas y compañeras de los soldados, compartían sus triunfos y sus fracasos. Sin duda su presencia levantó la moral a las tropas y desalentó la deserción.

En vista de que la mujer era menos sospechosa, muchas de las que tenían sentimientos patrióticos a toda prueba fueron utilizadas como espías, mensajeras o informantes. En Villa de Cura, Consuelo Fernández fue acusada de revelar secretos militares de los españoles a los patriotas y fue fusilada el 14 de febrero de 1814. Ramona Alvarino, nativa de Cariaco, también fue ajusticiada por mantener contacto y correspondencia con los insurgentes republicanos.

Asimismo, muchas fueron las mujeres que resultaron implicadas en complots para facilitar la fuga de notables patriotas buscados por los realistas. Algunas fueron ejecutadas y otras torturadas, pero no delataban a sus compatriotas. Otras arriesgaron sus vidas al alojar y esconder a los enemigos de las autoridades españolas.

Además de arriesgar sus vidas por la causa de independencia, las mujeres hicieron contribuciones vitales en dinero, uniformes para las tropas, mulas, esclavos para el servicio en el ejército, cargas de cacao, caballos y armas. En Mérida, en la estadía del Libertador Simón Bolívar durante la Campaña Admirable, una dama de nombre María Simona Corredor de Pico, donó su casa a los patriotas, aspirando que se pudiera vender, y que el dinero

recaudado fuera usado para la causa de la libertad. También en esta hermosa ciudad andina, las señoras obsequiaron a Bolívar sus joyas de valor, y a sus hijos los motivaron para alistarse en el Ejército. Todas estas contribuciones fueron importantes para sostener la causa de la independencia.

Del análisis hecho es evidente el interés de la mujer por el logro de la Independencia, desde el mismo momento en que hace de su hogar el centro de reuniones patrióticas, que fueron tan populares antes del 19 de abril de 1810, para continuar actuando durante todo el proceso revolucionario. Se hará referencia solo a tres nobles mujeres en el inicio de los primeros movimientos preindependentistas.

(...)

Juana Ramírez, La Avanzadora

Esta valiente heroína, hija del pueblo, nace en Chaguaramas, estado Guárico, en 1790. Sus acciones revolucionarias se desarrollan en Maturín, donde se desempeñaba como lavandera.

En 1813, cuando Domingo Monteverde atacó a esa ciudad, el ejército republicano al mando de Manuel Piar la defendió, junto a un batallón con el nombre de "Batería de Mujeres", porque estaba formado en su mayoría por mujeres del pueblo, que al lado de los hombres, luchaban por la independencia de Venezuela.

Juana siempre estaba presente en las luchas, y recibió el apodo de "La Avanzadora" por ser la primera en avanzar hacia el enemigo. En el campo de batalla realizaba diversas actividades, como la de apertrechar los cañones, trasladar los heridos a lugar seguro, velar por los niños y los ancianos, enfrentar a los realistas, y en una oportunidad, en medio de una lluvia de balas, atravesó el campo enemigo y arrancó su espada a un general realista muerto, que levantó apuntando hacia el cielo como gesto simbólico de libertad. En la avenida Bolívar de Maturín se encuentra una estatua en recuerdo de ese hecho histórico.

Después de la guerra se casó con un patriota, tuvo una hija, con quien logró contemplar a Venezuela libre del yugo español, hasta el final de sus días.

Varias mujeres llegaron a ocupar cargos importantes en el ejército libertador y el precio fue que se les encarcelaran y ejecutaran por decisión de las autoridades españolas, procesadas ante el delito de traición a Fernando VII. Esto no acobardó a la mujer. Por toda América, la presencia femenina se hizo pública y desató una gran polémica. La Iglesia fue la primera que la condenó, pues es bien sabido que el clero en su mayoría era realista, y manipulaba a la mujer para mantener la lealtad a las autoridades monárquicas y para que denunciara a los patriotas.

También la sociedad conservadora de la época censuraba la insurrección de la mujer y se le tildaba de pecadora y hasta de prostitutas a las que acompañaban a los ejércitos. Las mujeres que desafiaban la moral colonial y se atrevían a convertirse en amantes de los jefes patriotas eran estigmatizadas, y lo han sido hasta hace pocos años, negándoles su importancia dentro de la lucha de independencia y los aportes a la libertad sudamericana.

La acción de las mujeres, como la vida de los héroes anónimos, no puede ser desconocida, es necesario destacar su actuación y sus sacrificios, para darnos una América libre de todo yugo extranjero.

De allí que las mujeres en los momentos actuales en que Venezuela celebra los doscientos años del inicio de la Independencia, tenemos un compromiso histórico y estamos presentes para emular aquellas heroínas y demostrar que sus sacrificios no fueron estériles. Hoy como ayer seguimos luchando al lado de nuestros hombres, en búsqueda de un mejor destino para nuestros hijos, que les garantice la paz, la democracia y la libertad.

Referencias bibliográficas

1. Cherpak, E. (1995). *Las mujeres en la Independencia. Sus acciones y sus contribuciones*. Tomo I, *Las Mujeres en la Historia de Colombia*. Bogotá, Colombia: Presencia.

2. Higuera, Gladys, "El rol de la mujer en la independencia". En: *Revista Heurística*, enero – diciembre 2010, Nº 13, artículo 25.

TRAS LA PISTA DE JUANA RAMÍREZ "LA AVANZADORA"

Neruska Rojas

El pasado mes de julio, el presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro, anunció que los restos mortales de Juana Ramírez serían trasladados al Panteón Nacional como un acto de justicia en reconocimiento a la encomiable labor de esta valerosa "constructora de la independencia hace 200 años", quien desde temprana edad se sumó a las filas patriotas en el eje oriental del país.

De acuerdo a la tradición oral del pueblo monaguense, el nombre de esta heroica mujer pasó a la historia por ser una de los principales protagonistas en las acciones destinadas a la defensa de Maturín durante el avance del ejército realista entre los años 1813 y 1814. Ramírez, conocida como *La Avanzadora*, fue una pieza fundamental en la célebre Batería de Mujeres que, de acuerdo a los datos suministrados en la obra del cronista Juan José Ramírez, tuvo una activa participación en las siguientes batallas:

- 18 de marzo de 1813
- 11 de abril de 1813
- 25 de mayo de 1813 (Alto de Los Godos)
- 8 de septiembre de 1814
- 11 de diciembre de 1814

Los datos biográficos de este insigne personaje se diluyen en los diversos relatos que recrean la célebre jornada del 25 de mayo de 1813, evento que marcó un hito en los anales de la Independencia en el oriente del país. En este hecho, conocido en la historiografía venezolana como la Tercera Batalla de Maturín o la Batalla del Alto de los Go-

dos[1], el triunfo de los patriotas estuvo ligado a la valerosa participación de la Batería de Mujeres en el campo de batalla[2]. El escritor Francisco Tosta García cuenta que para la fecha Ramírez tenía bajo sus órdenes "...una compañía de artillería, que manejaban cañones tan hábilmente como los hombres, merced a los ejercicios e instrucción que se les había dado en los últimos días"[3]. En virtud del adiestramiento recibido por mujeres de distintas edades y grupos sociales, las fuerzas patriotas alcanzaron la victoria sobre un ejército realista sometido por los bravíos orientales.

La heroína del pueblo monaguense

Desde las primeras décadas del siglo XX, diversos autores reseñaron la existencia de una mujer llamada Juana Ramírez, conocida bajo el apodo de *La Avanzadora*, notable entre sus contemporáneos por su activa participación durante el proceso emancipador entre los años 1813 y 1814. Las principales referencias que hemos encontrado hasta el momento nos re-

[1] "En el Alto de los Godos -meseta frente a Maturín donde ahora surge una moderna urbanización-, solo luchaba a última hora un batallón asistido por Bosch y Cabrera. Aquellos dos héroes, en cumplimiento de la orden impartida por el fugitivo Monteverde, asumieron el mando desde el primer momento para salvar la situación [...] Allí estaban firmes los últimos vestigios del batallón de la Reina; clavaron su bandera siendo saludada con vítores y aclamaciones, y volvieron a la carga.

Tradiciones de la época muy en boga hacia fines del pasado siglo nos dicen que el patriota Juan de Dios Infante les gritaba: -¡Ríndanse, godos porfiados! Que les daremos toda clase de garantías y honores porque ustedes son unos valientes; y la contesta fue: -¡Los españoles no se rinden, sino mueren a la sombra de su invencible lábaro! Y siguió el cañoneo hasta que Antonio Bosch y Pedro Cabrera cayeron alanceados. La bandera de los godos había caído honrosamente en manos patriotas. Los bravos realistas fueron velados en la casa de Juana Ramírez La Avanzadora [...] hasta que al día siguiente, amortajados por el tricolor patrio, fueron sepultados por orden del general Piar con los honores militares que por sus grados y méritos póstumos les correspondían". Juan José Ramírez, Notas y Noticias, p. 40.

[2] Mirla Alcibíades, quien recientemente publicó una obra titulada *Mujeres e independencia*, refiere que para el año 1813 ya existían diversos batallones compuestos por mujeres soldados comprometidas con la lucha por la emancipación, siendo el más conocido el apostado en Maturín al estar compuesto por jóvenes y no tan jóvenes, pertenecientes a distintos estratos sociales.

[3] Francisco Tosta García, *Los orientales*, p. 173.

miten al escritor Francisco Tosta García y el maestro Pedro Elías Marcano, ambos autores dedicados a recrear los pasajes de la historia patria. En sus narraciones se hace mención a la participación de un valeroso grupo que, comandado por una intrépida morena libre, selló el triunfo en diversos enfrentamientos entre patriotas y realistas en las cercanías de Maturín.

Sobre su historia es muy poco lo que se conoce, pero mucho lo que se especula. Historiadores y cronistas discrepan sobre el lugar de origen de Juana Ramírez; algunos la reclaman como natural de Guárico bajo la siguiente pretensión:

El día 6 de enero de 1994 el historiador Vicente Arellano Moreno, en un artículo aparecido en la página I-5 de *El Universal,* dice que Juana Ramírez era nativa de Chaguaramas [...] "parece que formó parte de la emigración a Oriente y llegó a Maturín, se metió de lleno en las fuerzas patriotas. A pesar de su pujanza y de temperamento un tanto arbitrario se dedicaba con igual abnegación a curar los heridos y después de la batalla a enterrar los muertos" (...) A su alrededor se han tejido varias leyendas que no han logrado descifrar el misterio de su aparición en Maturín para aquella fecha; pero una cosa es cierta, dada la coincidencia de información provenientes de diferentes fuentes, Juana Ramírez era nativa del Guárico[4].

Esta afirmación, asentada en el folleto de Manuel Soto Arbeláez titulado *El Guárico oriental*, se fundamenta sobre unas presuntas evidencias que apuntan hacia el grupo de personas que emigraron desde Chaguaramas hasta Maturín huyendo del avance de las tropas de Boves. El autor cita algunas referencias de entrevistas realizadas a un grupo de octogenarios, quienes a finales del siglo XIX afirmaron que Ramírez se encontraba entre los cientos de hombres y mujeres que se sumaron al éxodo.

La aseveración de Arbeláez contrasta con la tesis refrendada por Juan José Ramírez, periodista e historiador, pues este último sostiene que *La Avanzadora* nació alrededor de 1790, en la población de Chaguamaral y murió en Guacharacas cerca del año 1856. Las conclusiones del actual cronista de Maturín son

[4] Manuel Soto Arbeláez, *El Guárico oriental*, p. 10.

el resultado de una concienzuda investigación que durante poco más de dos décadas se fijó como su principal propósito el revelar los aspectos biográficos de un personaje que con el correr de los años se convirtió en uno de los pilares fundamentales en la construcción del pasado histórico del pueblo monaguense[5].

Las suposiciones de estos autores se apoyan sobre la misma base: el testimonio oral. En sus artículos se mencionan al menos tres encuentros con personas de avanzada edad que recuerdan con lucidez magistral las historias narradas por sus padres sobre los sucesos de los convulsos años de la Independencia, entre ellos, el inolvidable episodio que inmortalizó a la morena de Oriente.

Entre mitos y leyendas. La verdad sobre Juana Ramírez

En la obra de Arbeláez y Ramírez el soporte documental es escaso. Se hace alusión a textos que versan sobre la historia de la Guerra de Independencia, artículos de prensa y otros folletos, pero no se mencionan fuentes primarias que confirmen la existencia de Juana *La Avanzadora*. Esta y otras omisiones nos lleva a considerar varios elementos:

¿Dónde está el registro escrito de su nacimiento?

Según cuenta la tradición, la intrépida Juana nació hacia finales del siglo XVIII; ella y su madre Guadalupe eran propiedad de la familia Rojas Ramírez. De acuerdo a la normativa de la época, los esclavos nacidos en la provincia de Caracas debían registrarse

[5] En 1975 "se tributa el primer homenaje popular, con la presencia y discurso de Juan José Ramírez y se instituye periódicamente el recuerdo póstumo a su memoria. Varios institutos educacionales toman su nombre, como el Grupo Escolar de San Francisco; una placa está frente a la plaza Piar de Maturín, recordando a propios y extraños que allí estuvo situada la célebre Batería de las Mujeres, recuerdo que le erigieron las damas maturinesas en 1913 al cumplirse un siglo de las gloriosas campañas orientales. El 11 de mayo de 1983, el Concejo Municipal del Distrito Maturín, por sugerencia del cronista de la ciudad Juan José Ramírez, decreta que la tumba de la heroína se convierta en Santuario Patriótico Distrital y, el 25 de junio del mismo año, las autoridades municipales se trasladan allí para refrendar solemnemente el acontecimiento, realizando diversos actos culturales..."; Juan José Ramírez, *Diccionario Biográfico del Estado Monagas*, p. 327.

en el padrón eclesiástico, por lo que es válido suponer que en algún archivo histórico quedó apuntado el nombre de esta joven, cuyo talento en el arte de la guerra la llevó a convertirse en una de las principales representantes del mal llamado "bello sexo" en el transcurrir de los cruentos años de 1813 y 1814.

¿Cuándo apareció la primera reseña que se hizo sobre la comandancia de Juana Ramírez en la célebre Batería de Mujeres?

En la historiografía sobre el período de la Independencia en Venezuela aparecen numerosas referencias sobre la existencia de la Batería de Mujeres[6]. En el caso particular de Maturín, el maestro Pedro Elías Marcano subrayó -en un folleto publicado cerca de 1909- que la célebre formación recibía su nombre debido a que "... una compañía de ellas contribuyó a su construcción y la defendió en todos los combates. Las baterías con sendos cañones, como las trincheras formadas de madera y tierra, estaban protegidas con zanjas que tenían de hondura metro y medio"[7].

Décadas más tarde, Francisco Javier Yanes, en su obra *Historia de la provincia de Cumaná*, señaló que en la batalla del Alto de los Godos la citada batería "...tenía montado un cañón de hierro de a 8, y a la segunda [batería en figura de torreón] otro de a 12, ambos en montaje de plaza tan abandonados que tenían algunas planchas de madera atadas con cuero para sostener las gualderas, y dos cañones de bronce de campaña"[8].

Hacia 1970, J. J. Ramírez publicó una compilación de breves ensayos entre los cuales dedicó un apartado para la Batería de Mujeres "...que, formada por una pequeña pieza de artillería (una culebrina), contribuyó a la derrota de don Domingo Mon-

[6] **Batería:** unidad de tiro de artillería, mandada normalmente por un capitán, que se compone de un corto número de piezas y de los artilleros que las sirven.

[7] Pedro Elías Marcano, *Defensa patriótica de Maturín,* folleto incluido en la obra compilatoria titulada *Maturín: su fundación y otras notas*, coordinada por Aracelis Sánchez, p. 246.

[8] Francisco Javier Yanes, *Historia de la provincia de Cumaná*, p. 119.

teverde". En *Notas y Noticias. Próceres civiles y militares maturineses,* el escritor añadió:

> Avanzando frente a la hoy Plaza Piar de Maturín, donde estuvo situada la batería con la escolta del comandante Felipe Carrasquel, ese día [La Avanzadora] pasa a la historia al lado de otras valientes: Graciosa Barroso de Sifontes, Marta Cumbale, Guadalupe Ramírez, Dolores Betancourt Mota, Juanita Ramírez, Rosalía Uva, Lorenza Rondón y muchas más. Auxiliando a los heridos, a modo de samaritanas del deber, llevando cartuchos y municiones, preparando el rancho y peleando a lanza o a machete, la Ramírez se abrió paso en la historia y así vemos cómo su batería sucumbe cuando cae la ciudad el 11 de diciembre de 1814. Allí muere el español Manuel Luna, fiel compañero de la batería; es herida en una pierna Lorenza Rondón, y así antes que perecer inicuamente en manos de Morales que acuchilla al resto de los pobladores, cuando ya todo está perdido después del último combate, se refugia en los caños y morichales, junto con otras mujeres, Andrés Rojas, José Tadeo Monagas, José Félix Ribas y otros adalides[9].

En este fragmento, el cronista de Maturín detalló de manera sucinta la génesis de la Batería de Mujeres a cargo de Juana La Avanzadora. De acuerdo a la información suministrada, se advierte que la formación estuvo compuesta por un nutrido grupo encabezado por la Ramírez, seguida por doña Graciosa Barroso de Sifontes, doña María Antonia Ramírez, María Josefa Rodríguez, Dolores Betancourt Mota, María Romero, Vicencia Gómez, Lorenza Rondón y Marta Cumbale.

Para completar el copioso listado es necesario anexar los datos que aporta P. E. Marcano, quien añadió a la relación de las combatientes los nombres de Juanita Ramírez, una joven llamada María Isabel, María Rodríguez, Juana Carpio, Luisa Gutiérrez, Isidora Argote, Valentina Mina, Carmen Lanza, Rosa Gómez, Eusebia Ramírez, Guadalupe Ramírez, Rosa-

[9] Juan José Ramírez, *Diccionario biográfico del estado Monagas*, p. 327.

lía Uva, Josefa Barroso, Carmen Sarmiento, María Hurtado y doña Pascuala Infante[10].

¿Cuándo y dónde murió la Ramírez?

En *Notas y Noticias...*, el cronista de Maturín hizo público un importante hallazgo sobre la historia de tan enigmático personaje:

> Se nos ha hecho imposible la localización de la Partida de Defunción de La Avanzadora, por más que la hemos buscado minuciosamente. Sin embargo, una información procedente de un viejo amigo y luchador por la causa campesina, don Luis Monteverde, nos dice que su señora abuela fallecida en 1943 a la edad de 105 años le informó a él en una ocasión de que Juana Ramírez, la heroica mujer de Maturín, falleció en Guacharacas cuando ella (la abuela) tenía 18 años de edad, de lo que se infiere que La Avanzadora feneció en 1856, posiblemente a la edad de 66 años, si le damos crédito suficiente a la fecha que le señala como la de su nacimiento (1790) el escritor anzoateguense, don Arturo Medina Alfonso.

Según una tradición bastante confirmada [...] Juana Ramírez está enterrada en el antiguo cementerio del extinto pueblo y que hoy sirve, más ampliado, a la moderna localidad de San Vicente. Unos cardones –cuenta la leyenda– sirven de indicio en la necrópolis para señalar el sitio exacto donde, según el decir popular, están sepultados los restos mortales de tan patriótica y humilde mujer monaguense[11].

---

[10] Nota del autor. "A pesar de mis indagaciones para sacar completo este trabajo, es probable que, en la nómina de los compañeros de Piar en Maturín, falte alguno, pues, a través de un siglo, siempre no se encuentran datos fidedignos de pormenores que no se escribieron a raíz de los sucesos o en fechas inmediatas; y en este caso, dudosos entre las brumas del tiempo tal y cual informes, o ya adulterados por la exageración o la insuficiencia de criterio histórico, carecen de claridades que patenticen la verdad. Sin embargo, dada la extensa lista que consigno y los numerosos detalles estudiados en el teatro mismo de los hechos que relato, con todo esto veo conforme mi propósito, y desde luego doy por terminada esta larga y patriótica labor." Pedro Elías Marcano, *Ob. Cit.*, p. 253; p. 258.

[11] Juan José Ramírez, *Notas y noticias...,* p. 51.

Esta breve anécdota confirma la tradición oral a través de la cual se ha construido todo un imaginario en torno a la figura de Juana Ramírez *La Avanzadora*. Entre mitos, leyendas y especulaciones, la verdadera historia de nuestra insigne heroína se confunde entre los recuerdos, narraciones y memorias sobre los cruentos días de la Guerra de Independencia en el oriente del país.

Juana Ramírez. Una leyenda histórica

La falta de documentación que permita verificar la existencia material de Juana Ramírez nos lleva a cuestionar los relatos que se han tejido en torno a la vida y obra de esta supuesta joven morena libre, quien, desde temprana edad, abandonó los espacios domésticos para adentrarse en la aventura de edificar una nación libre del yugo español. La tradición historiográfica dicta que el discurso histórico debe fundamentarse en documentos veraces e inéditos, pero ¿cómo proceder ante el silencio que reina en los archivos? En el caso de Juana *La Avanzadora,* la falta de información no puede verse como un enemigo, todo lo contrario, debe ser tratada como un aliado que puede conducir al investigador en la búsqueda de las claves para dilucidar los misterios ocultos tras la biografía de la heroína de Maturín.

En esta pesquisa es indispensable otorgar el justo valor que merece el testimonio oral, pues de otra manera ¿cómo se explica que un grupo de personas mayores de ochenta años pudiesen afirmar la participación decisiva de este personaje en la defensa de Maturín entre marzo de 1813 y diciembre de 1814?

Volver sobre sus huellas

Las mujeres que participaron durante la Guerra de Independencia en Venezuela merecen ser elevadas junto a los grandes hombres que sacrificaron su vida para liberar a la nación. Esta reivindicación debe expresarse en el discurso y la praxis política; por tanto, es indispensable que el Ejecutivo, a través de los mecanismos pertinentes, ejecute planes y proyectos orientados al rescate del

testimonio de la figura femenina como un sujeto histórico determinante en la construcción de la patria libre y soberana.

Luego de examinar el caso de Juana *La Avanzadora*, consideramos que la exaltación de este personaje requiere de un tratamiento particular ante las numerosas interrogantes e incógnitas que se entrelazan con su historia; por ello proponemos una revisión exhaustiva sobre lo dicho y lo no dicho en torno a la heroína de Oriente, con la finalidad de elaborar una semblanza biográfica en la que se reconozca el valor de la oralidad en la construcción de un imaginario que elevó al panteón de los héroes la figura de una noble y aguerrida mujer venezolana. En este sentido, sugerimos:

- El sometimiento a la discusión y análisis crítico del discurso historiográfico que se construyó en torno a la figura de Juana Ramírez *La Avanzadora*.
- La reinterpretación de la información que resulte de la investigación documental, bibliográfica y hemerográfica sobre la historia de este personaje legendario.
- Exponer los testimonios de los habitantes de Maturín para quienes la figura de Juana Ramírez representa un pilar fundamental en la comprensión de su historia regional y local.
- Realizar un levantamiento fotográfico de los monumentos, placas, homenajes y alegorías a la figura de la valerosa hija de Maturín.

El cumplimiento de estos pasos conducirá a la elaboración de un texto que contribuya a la reinterpretación sobre la historia y el legado de Juana *La Avanzadora*, destacando el imaginario que durante años se ha elevado en torno a la vida y obra de una mujer cuya existencia se encuentra entre los límites que dividen lo real de lo imaginario.

Fuentes consultadas

1. Alcibíades, Mirla, *Mujeres e Independencia. 1810–1821.* Caracas: Fundación Centro Nacional de Historia, 2013.

2. Chacín Sánchez, Daniel, *Datos para la historia de Maturín*. Maturín: Tipografía Las Américas, 1951.

3. González Oropeza, Hermann, *Historia del estado Monagas*. Maturín: Biblioteca de Temas y Autores Monaguenses, 1985.

4. Machado Guzmán, Gustavo, *Historia gráfica de la guerra de independencia de Venezuela*. Caracas: Litografía Tecnocolor, 1998.

5. Ramírez, Juan José, *Notas y noticias: próceres civiles y militares maturineses.* Maturín: s.n., 1971.

6. *Diccionario biográfico del estado Monagas*. Maturín: Gobernación del estado Monagas, 1983.

7. *Maturín de anteayer y de ayer.* Maturín: Ediciones Gobernación del estado Monagas, 1983.

8. Sánchez, Aracelis, *Maturín, su fundación y otras notas*. Maturín: Gobernación del estado Monagas, 1983.

9. Soto Arbeláez, Manuel, *El Guárico Oriental*. Valle de la Pascua: s.n., 2001.

10. Tosta García, Francisco. *Los Orientales*. Caracas: Eduven, Colección Episodios Venezolanos III, 2010.

11. Yanes, Francisco Javier, *Historia de la Provincia de Cumaná.* Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1949.

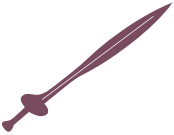
Contenido

HEROÍNAS, MATRONAS
Y TROPERAS: Las mujeres
en nuestra historia patria.
Patricia Protzel 3

MUJERES E INDEPENDENCIA.
VENEZUELA: 1810-1821. "Balance"
Mirla Alcibíades 11

EL ROL DE LA MUJER
EN LA INDEPENDENCIA
Gladys Higuera 23

TRAS LA PISTA DE JUANA RAMÍREZ
"LA AVANZADORA"
Neruska Rojas 33



“Sabemos que hubo mujeres conspiradoras, estrategas, guerreras, financistas, espías; mujeres que escribieron cartas expresando sus posiciones políticas, bien sea del bando realista o patriota; otras que participaron en la Sociedad Patriótica; pardas, mulatas, zambas que participaron como troperas en los campos de batalla, que formaron baterías de mujeres en las ciudades sitiadas o en las batallas, miles de mujeres anónimas que fueron parte de esa fuerza movilizada del pueblo contra la opresión realista, o que actuaron en el bando contrario”.

PROHIBIDA SU VENTA
PROHIBIDA SU VENTA
PROHIBIDA SU VENTA

Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información
PueblosVictorioso